

AGUA SALOBRE

¡Cuánto aluvión de amargos cenagales
para inundar la soledad del mundo!,
¡cuánto aguazal de pánico iracundo
para romper los frágiles brocales!

¡Cuánto ramblar de abruptos sequedales
donde tiritita un cardo moribundo!,
¡cuánto bancal estéril, infecundo,
donde rebrotan negros manantiales!

Agua salobre, gélida y salada,
es la que llega, ubérrima, a mi boca;
agua salobre en recia bocanada

que en el cantil del labio se desboca
para vestir de luto mi alborada
y endurecer mi corazón de roca.

Santiago Romero de Ávila